

13. En cuanto á vosotros, respetables Hermanos, os diré, para concluir, lo que en ocasión solemne decía vuestro santo Fundador á los doce primeros compañeros de su profesión religiosa: «Vuestro objeto está bien determinado, y trazado de antemano el camino que debéis seguir. Os habéis asociado para dirigir las escuelas cristianas; á conservarlas y propagarlas debéis dedicar toda vuestra vida. . . Soldados de Jesucristo, movéis guerra á la ignorancia . . . manteneos siempre fieles á vuestra bandera: la obediencia multiplicará vuestras fuerzas haciéndolas converger todas á un mismo punto, cual es la educación cristiana de los niños.»<sup>1</sup> Por este camino, añado yo, llegaréis felizmente al término de la bienaventuranza, porque *los que instruyen á muchos en la justicia, resplandecerán como estrellas del cielo por eternidades*. Así sea.

### PANEGÍRICO DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

(predicado en la fiesta de su canonización, en Bogotá, 1900).

#### San Juan Bautista, glorioso apóstol de la educación.

Evangelizare pauperibus misit me.  
Me ha enviado á evangelizar á los pobres.  
Luc. 4, 18.

1. No hay vocación de Dios, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ni más alta, ni más gloriosa que la del apostolado. Revestidos de la propia autoridad de Cristo, Hijo de Dios, los hombres escogidos entre la flor de sus discípulos para llevar á todas partes con la luz del

<sup>1</sup> Vida cap. 13.

evangelio los tesoros de la salvación, los hombres que Jesús llamó apóstoles<sup>1</sup>, ocupan el escalón más elevado de la divina jerarquía, como verdaderos príncipes de los pueblos<sup>2</sup>, magistrados del tribunal de Cristo<sup>3</sup>, cláveros del reino de los cielos, taumaturgos, doctores y pastores de la Iglesia, en una palabra, esplendorosas lumbreras puestas por Dios para guiar á todo el género humano<sup>4</sup>. Verdaderamente ellos son los grandes, los distinguidos entre los amigos de Dios: *Nimis honorati sunt amici tui, Deus*<sup>5</sup>.

«Pero hay algo todavía más grande y excelente que la vocación apostólica; y es la fidelidad del hombre en corresponder á ella; y la consagración del apóstol al cumplimiento de los gravísimos deberes que le impone, de suerte que pueda, al terminar su carrera gloriosa, decir como el Apóstol por antonomasia: *Bonum certamen certavi . . . in reliquo reposita est mihi corona iustitia*. . . .<sup>6</sup> Sí, cristianos, esto es más grande, porque en esto precisamente está cifrada la gloria del apóstol, como lo declara San Pablo escribiendo á los corintios: «¡Ay de mí si no predicara el evangelio! Pero esto hágolo de buena voluntad, no forzado de la obligación, y así es como merezco recibir la recompensa. Y ¿cuál es ésta, sino hacerme libremente esclavo de todos, á fin de ganarlos á todos para Cristo; hacerme débil y pequeño con los pequeños y débiles para salvarlos á todos?»<sup>7</sup>

2. Ved aquí, carísimos oyentes, lo que esmalta la corona de gloria que ciñe la frente del varón insigne

<sup>1</sup> Luc. 6, 13.    <sup>2</sup> Eccl. in off. Apostol.

<sup>3</sup> Sedebitis iudicantes . . . (Matth. 19, 28).

<sup>4</sup> Vera mundi lumina (Eccl. ubi supra).

<sup>5</sup> Eccl. ubi supra.    <sup>6</sup> 2 Tim. 4, 7 sq.

<sup>7</sup> 1 Cor. 9, 16 sqq.

recién elevado por el augusto Vicario de Cristo, el sumo Pontífice León XIII, al supremo honor de los altares. Ved aquí lo que enaltece en sumo grado al esclarecido Fundador del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, San Juan Bautista de la Salle, cuya canonización celebramos con extraordinario júbilo en este triduo de solemnes cultos. También él fué llamado al honor del apostolado: *Evangelizare pauperibus misit me*<sup>1</sup>; y, lo que más es, también él supo corresponder, ayudado de la gracia, al divino llamamiento, desempeñando con admirable fidelidad su grande y delicada misión. Él pudo decir como San Pablo: *No me ha destinado Cristo á bautizar, sino á enseñar el evangelio*<sup>2</sup>. Pero ¿en dónde? ¿por ventura, en la cátedra del Espíritu Santo erigida bajo las bóvedas de suntuosa basílica? No, por cierto, hermanos míos; sino en la humilde cátedra del maestro de primeras letras. Y ¿qué? ¿os parece poco digna esta cátedra de tan sublime apostolado? ¿os parece la escuela primaria teatro poco apropiado para el ministerio de catequista? Y quien se consagra por toda la vida con formal promesa á desempeñar el penoso cargo de institutor de la niñez, ¿no os parece que podría apellidarse apóstol de Cristo, tanto como el que va á buscar infieles que convertir en las extremidades del Oriente? ¡Ah! ¡qué bien lo entendía aquel varón eminente que escribía á otro santo las siguientes proféticas palabras: «Yo creo que un sacerdote que, dotado de la ciencia de los santos, se hiciese maestro de escuela, se haría canonizar por ese medio.»<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Luc. 4, 18.

<sup>2</sup> I Cor. I, 17.

<sup>3</sup> Mons. Bourdoise escribiendo al Ven. Olier (*Ravelet*, Vida del B. Juan Baut. de la Salle).

Pues bien, ese sacerdote fué Juan Bautista de la Salle; y ya veis cómo en efecto se hizo canonizar, porque consagró su vida entera á sembrar la semilla evangélica en el corazón de las nuevas generaciones, y dilató de esta manera el imperio de Jesucristo, fundando el religioso Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Desempeñando este linaje de apostolado logró santificarse en grado heroico, hasta el punto de merecer la gloria de los santos en el cielo y en la tierra.

Su obra tenía que abrazar dos partes integrantes, ambas igualmente necesarias: primera, la formación de escuelas verdaderamente cristianas; segunda, la formación de los maestros que tales escuelas requerían; y en una y otra empresa resplandeció nuestro Santo con virtudes de carácter apostólico, como veremos, etc. *Ave María.*

#### I.

3. Demasiado lo sabéis, oyentes míos, para que yo deba repetirlo; pero es preciso fijar en este hecho toda nuestra atención, si hemos de formarnos adecuado concepto de la grandeza moral del héroe que hoy celebramos. La enseñanza cristiana de los niños, y, con preferencia, de los hijos del pueblo, fué la obra confiada por Dios mismo al celo apostólico de San Juan Bautista de la Salle. La Santa Sede lo ha declarado formalmente en esos mismos documentos en que le ha decretado culto público. Pío IX decía en el Breve de beatificación: «La educación cristiana de la juventud fué lo que ante todo se propuso el Bienaventurado La Salle.» León XIII lo confirma claramente. Todo el Oficio de la festividad del nuevo santo lo pregona en alta voz. El mismo Fundador lo pone de manifiesto cuando escribe: «El fin de nuestro Instituto es dar á la juventud una educación

cristiana.» Vió Juan Bautista, diré con uno de sus modernos panegiristas<sup>1</sup>, vió aquel joven y ya santo sacerdote, extendiendo por el mundo su mirada, la situación en que se hallaban las diversas clases de la sociedad, y experimentó su corazón un sentimiento parecido al que arrancó á nuestro divino Salvador este grito lleno de ternura: *Misereor super turbas*: «Me dan lástima esas turbas...» Perteneciente De la Salle por su nacimiento á la nobleza, sus instintos de cristiano y sus simpatías de hombre se declararon en favor de los hijos de Dios que la humana soberbia miraba con desprecio.

Seguramente no era el primero de los obreros apostólicos á quien Dios llamaba á esta labor, habiéndola inspirado á otros muchos, precursores ilustres del Fundador del Instituto de las Escuelas Cristianas. La Iglesia amparó siempre á la sombra de sus catedrales y monasterios las letras y las ciencias; y en esa misma época en que emprendía su carrera el piadoso canónigo de Reims, en mitad del siglo XVII, el movimiento educacionista se dejaba sentir incontrastable, aun más que en el Estado cristiano, en el seno de la Iglesia católica, no sólo entre los eclesiásticos sino entre los seglares. Pero, es preciso confesarlo: en medio de esa prodigalidad de enseñanza, distribuída por las universidades, los colegios y las escuelas, se sentía el vacío en derredor de una clase de niños, la más numerosa y humilde, que en vano clamaba por el pan de la instrucción, no habiendo quien se ofreciese á repartírselo<sup>2</sup>. Para ellos, para estos niños pobres, dice un biógrafo, fué enviado por Dios San Juan Bautista de la Salle<sup>3</sup>. Fundábanse

<sup>1</sup> El Rev. Juan J. Keane, Rector de la universidad de Washington, E. U. de A.

<sup>2</sup> Thren. 4, 50.      <sup>3</sup> *Ravelet* l. c.

por todas partes (también es un hecho) escuelas llamadas de caridad, sostenidas por el clero y las personas piadosas; pero estas mismas no eran bastante numerosas, ni mucho menos perfectas, para satisfacer las justas exigencias de la sociedad. Era, pues, necesario multiplicar las escuelas gratuitas, perfeccionarlas y, más que todo, imprimirles el sello genuino de cristianas. Y he aquí la obra eternamente duradera del glorioso bienhechor de la humanidad, San Juan Bautista de la Salle.

4. No me detendré ni por un instante, amadísimos oyentes, á señalar los pasos de la gracia, lentos como siempre, pero seguros, con que fué marcándose la vocación de Juan Bautista á este género de apostolado. Me bastará advertiros que en pocas como en ella se dejó admirar la mano de la Providencia guiando las cosas y los hombres á sus fines por caminos secretos para todos y á ella sola descubiertos. Nadie menos que el joven eclesiástico que, después de cursar teología en San Sulpicio, se prepara en su patria para recibir la borla de Doctor, ha soñado en ocuparse por toda la vida en educar niños pobres, y mucho menos en fundar con este objeto un instituto religioso. Dios, sin embargo, que así lo ha resuelto, arroja este problema en el camino de Juan, por un conjunto de sucesos providenciales; y Juan se ve forzado á resolverlo, y lo resuelve en efecto, contra sí... *Dura cosa es para ti revolverte contra el aguijón*, decía Jesucristo á Saulo, derribado en el camino de Damasco; y Saulo contaba ya rendido: *Domine, quid me vis facere?*<sup>1</sup> Tampoco nuestro Juan, dispuesto ya á seguir en todo las indicaciones del querer divino, vacila en responder á la

<sup>1</sup> Act. 9, 5. 6.

voz de Cristo con estas generosas palabras: *Ecce ego, mitte me*<sup>1</sup>: «¡Aquí estoy, envíame adonde te agrade!» ¡Ah! pero ¡qué sacrificios no le cuesta desde aquel momento esa heroica fidelidad al llamamiento de Dios! Será preciso que renuncie á todo por seguirlo: á la posición ya adquirida en la Iglesia, al brillante porvenir que le sonríe en el mundo, á las comodidades que le brinda su pingue patrimonio y, sobre todo, á sus naturales inclinaciones y á su propia voluntad. En cambio será menester que arrostre todo género de dificultades, repugnancias de la naturaleza, contradicciones de los propios, murmuraciones de los extraños, juicios vanos de los hombres, resistencia de los mismos buenos. No importa, porque propio es de almas grandes y generosas afirmarse en sus nobles propósitos á medida de la contradicción de que son objeto, y de las burlas que provocan de parte de los espíritus mundanos. Renuncia, pues, á todo, no sólo con el afecto sino en hecho de verdad; al beneficio eclesiástico, á la hacienda que reparte toda entre los pobres, según el consejo de Cristo<sup>2</sup>, á la vida de familia, de la cual se aleja para ir á confundirse en una misma vivienda y en una vida común con los pobres maestros de escuela que ha adoptado por hijos y hermanos. Entonces comprendió que podía entonar el cántico de la santa libertad con el Profeta: *Dirupisti, Domine, vincula mea!*<sup>3</sup> entonces pudo ya cantar en coro con sus queridos Hermanos el *Tedéum*, como himno de victoria de una vocación celestial sobre todas las aspiraciones terrenas. Nada podrá ya detenerlo en su carrera, y así se consagra con todas sus fuerzas á desempeñar su gran misión de educador del pueblo.

<sup>1</sup> Is. 6, 8.<sup>2</sup> Matth. 19, 21.<sup>3</sup> Ps. 115, 16.

5. Miradlo fundando escuelas por todas partes, visiblemente protegido por la diestra del Altísimo. De todas partes le llueven peticiones, se le llama, se le piden maestros formados por su mano; y, á pesar de las intrigas y las luchas formidables que le suscitan el interés mezquino y la negra envidia, sus fundaciones aumentan día por día de un modo tan prodigioso, que no es posible dejar de confesar que «el dedo de Dios está allí»<sup>1</sup>. De Reims va á París; de aquí á Ruan, al norte, al mediodía, á todas las provincias de Francia. Diez años después de instalado en San Sulpicio, los Hermanos regentan ya catorce clases donde reparten la instrucción cristiana á más de mil alumnos. Al partir de este mundo deja establecidas el Apóstol de la educación veintitrés casas-escuelas, cerca de trescientos maestros y diez mil escolares. Hoy, como sabéis, por obra del mismo santo Director que desde el cielo preside á los trabajos de sus hijos, esas cifras se han elevado al prodigioso número de mil quinientas treinta escuelas, quince mil Hermanos y cerca de cuatrocientos mil discípulos esparcidos por toda la superficie del globo. Ved aquí cómo se han multiplicado las escuelas gratuitas, merced al celo de San Juan Bautista de la Salle.

Pero esto no era todo lo que se necesitaba: había que perfeccionarlas, empresa más ardua que la fundación. ¿Cuál era por aquellos tiempos el estado de las más florecientes escuelas primarias? ¿qué era lo que en ellas se enseñaba? ¿cuáles, los métodos de enseñanza? ¿cuáles, los principios? ¿cuáles, en fin, los resultados? Escuchad lo que nos dicen historiadores verídicos. Un maestro apenas bastaba para enseñar á leer y escribir

<sup>1</sup> Ex. 8, 19.

á un reducido número de alumnos: y se comprende; porque, no estando todavía en uso el método de enseñanza simultánea ni el de enseñanza mutua, había de enseñarse á los niños uno á uno, con pérdida de tiempo para todos, fastidio y lentitud insoportables. ¡Qué diferentes son los métodos introducidos en la enseñanza por el santo instituto de las Escuelas Cristianas! Tales son y tan perfectos, que el día de hoy, después de realizados tantos progresos por la ciencia pedagógica, no se dan otros mejores, y por ellos las escuelas de los hijos de San Juan Bautista de la Salle pueden rivalizar con las más avanzadas, si ya no digamos que las aventajan á todas.

No es éste, empero, el lado más importante por donde hay que mirar la escuela cristiana fundada por La Salle. Eslo, sí, la vida moral y religiosa, la formación del corazón y del carácter de los niños, parte principal y esencialísima de la verdadera educación, objeto de la escuela. Aquí tenéis, pues, la fórmula á que pudiera reducirse el sistema de educación de nuestro Santo: «Someter los sentidos á la razón, y la razón á Dios», según el profundo pensamiento de San Agustín<sup>1</sup>. Escuchad sus propias palabras. «Es preciso disciplinar la voluntad, formar el carácter y el corazón. . . . Para corregir los defectos á los niños, hay que hacerles practicar frecuentemente actos de la virtud contraria, pero proporcionados á su edad. . . . La escuela debe ser *el noviciado de la vida cristiana* y la preparación para llenar los deberes de la vida civil.» Así grababa en el frontis de su escuela el nobilísimo carácter de cristiana. La enseñanza teórica y práctica de la doctrina de Jesucristo es su principal objeto, por lo mismo que es el

<sup>1</sup> Lib. I de Serm. Domini in monte (apud Breviar.).

fundamento de su perfección. «Todo es cristiano en el sistema de enseñanza de San Juan Bautista de la Salle», dice un escritor contemporáneo<sup>1</sup>. Esta palabra «cristiano» se viene á cada paso á la pluma del santo Fundador, quien con razón dejó escrito: «El fin de nuestro Instituto es dar á la juventud una cristiana educación.» No, no basta al niño, al hombre, cuyo destino es eterno y sobrenatural, una enseñanza moral cualquiera; ha de ser precisamente la doctrina moral de Jesucristo, la que debe esculpirse en su corazón y entendimiento para que llegue á formarse tal como Dios y su propio destino lo reclaman. Nada, pues, podría reemplazar en la escuela al catecismo; y San Juan Bautista de la Salle tuvo por ocupación digna de toda su vida la de catequista de niños, enseñando á sus hijos á gloriarse, más que de ser afamados profesores, de ser abnegados catequistas de la niñez. ¡Ah! exclama un celoso prelado<sup>2</sup>: ¿por qué aberración monstruosa esta lección del catecismo, la única necesaria para el bienestar de la familia y de la sociedad, ha sido en tantas partes desterrada de las escuelas oficiales? He aquí adonde han venido á parar tantos proyectos de reforma de la educación, concebidos y aplicados durante la última centuria: á permitir toda clase de libros, y á desterrar de la escuela el único libro necesario, el catecismo. ¡Oh glorioso Juan Bautista! exclamaré yo con esa misma voz autorizada: conserva en tu instituto el amor, la práctica y la tradición del catecismo!

6. Aquí tenéis, oyentes míos, extendido á vuestra vista el campo inmenso de la apostólica labor de San Juan

<sup>1</sup> Labbé S. J., cit. por «Les enseignements de la Béatification etc.»

<sup>2</sup> Mons. Besson, Panegír. del Santo.

Bautista de la Salle. Por eso os dice el día de hoy, señalando sus innumerables establecimientos poblados de millares de niños de todas condiciones: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi*<sup>1</sup>. *Non misit me Christus baptizare, sed evangelizare*<sup>2</sup>. Mas, no contentos nosotros, sus admiradores, con lo exterior y como material de la obra, ensayemos penetrar en el espíritu interior que la anima, y veremos brillar á toda luz sobre la frente del gran Santo que veneramos hoy en los altares, la aureola resplandeciente del apostolado. Él puede presentar las mismas pruebas que de su carácter apostólico daba el Apóstol por antonomasia, escribiendo á los fieles de Corinto: «*No fui un punto menos que los grandes apóstoles de Jesucristo, aunque nada soy*»<sup>3</sup>. Y ¿cuáles son las señales de mi apostolado? Vosotros las habéis palpado: una paciencia á toda prueba, milagros, prodigios y virtudes.»<sup>4</sup> ¡Paciencia á toda prueba! Pero ¿cuándo se vió mayor suma de padecimientos contrastando con serenidad mayor, con mayor dulzura y constancia que en la vida de San Juan Bautista? Trazar en estos momentos siquiera toscamente el cuadro de las mil persecuciones sufridas por el Santo, así en su persona como en la obra predilecta de toda su vida, sería tarea irrealizable, pero también puedo decir que innecesaria. ¿Quién de vosotros ignora que toda ella fué un martirio, teniendo que luchar perennemente con la pobreza, la injusticia, la calumnia, la herejía, con todas las pasiones revueltas violentamente contra él? Salido apenas de una prueba entraba en otra y otra: arrancado de las manos de codiciosos herederos, cae en las

<sup>1</sup> 2 Tim. 4, 7.<sup>2</sup> 1 Cor. 1, 17.<sup>3</sup> 2 Cor. 12, 11.<sup>4</sup> Ibid. vers. 12.

de aquellos famosos maestros de escuela y de los llamados por aquel tiempo maestros escribientes. Alarmados éstos por el peligro imaginario de perder el mezquino sueldo de que viven, ó, más bien, estimulados por el acicate de la envidia y el encono, á vista de la evidente superioridad de las nuevas escuelas, abandonáanse los desventurados á los excesos más punibles, ora acusando al santo director ante los tribunales de instrucción, ora denostándole groseramente, ora infamándolo con libelos miserables; ¿qué más? hasta llegando á amotinar el populacho de París para que entrase á saco sus establecimientos y los cubriese de ruinas.

Los tribunales seculares y los eclesiásticos le condenan en todos los procesos. Parecía que París y aun toda Francia se empeñaban en rechazar el único remedio que pudiese curar las llagas de la ignorancia y de la corrupción popular, cerrando las escuelas de La Salle, y proscribiendo su hermosa obra. Sus mismos amigos le traicionan, sus protectores de ayer son hoy sus enemigos, los ministros del altar le dan mil sinsabores, y hasta los primeros superiores jerárquicos no quieren ser los últimos en la faena de perseguirle. ¡Cosa al parecer increíble para quien no conoce las vías dolorosas de la santidad, y más los ásperos caminos del apostolado! Omíto hablaros de las violencias sin número de la herejía hugonota, y de los pérfidos amañes de la otra herejía jansenista, que en aquel siglo desgarraba el corazón de la Iglesia de Francia. No habiendo logrado los insidiosos sectarios atraerle á su partido, decretaron perderle; y, ya que no son bastante fuertes para arrancarle la pureza de la fe, tratan de arrebatarle la limpieza de su reputación inmaculada. Llega finalmente su venganza hasta el extremo más doloroso para el buen